

La Simona no sabía leer ni escribir y para recordar lo fiado llevaba un cuaderno con señales. A los hortelanos les pintaba un árbol o un cangilón. A otro, un borrieco. A los tuertos, una cara con un ojo solo. Marcaba la arroba con un redondal, la media arroba partiendo el redondal con una raya, los litros con rayas solas etc. Con sus mañas y con la seguridad retentiva que gozaba hubiera podido llevar las cuentas de la Alhóndiga, que fué otra empresa que también lo tentó y quebrantó a Bonifacio. La Simona, sin embargo, no dejó de trabajar mientras pudo y aunque no lograra el lucimiento que merecía, gracias a ello y a la Abrahana, pudo acabar sus días en completa tranquilidad, que es lo menos que se le podía conceder a una mujer de sus condiciones.

Enfrentarse con la vida de otra persona es de lo más emocionante y aleccionador y si se la ha tratado, mucho más. La Simona fué de tanto provecho como la que más, pero de mucha menos energía que la mayoría de las alcazareñas ejemplares para defender su ganancia, acaso por no tener hijos, que fueron la perdición de otras. Bonifacio gozó de todos los privilegios del hombre hijo único y tuvo la suerte de morir antes, para no sufrir los inconvenientes que le hubiera acarreado la soledad.

La vida de la Simona nos dejó el ejemplo de la labor y la necesidad de imponerla a los demás y defenderla de las apreciaciones frívolas o de conformidad fácil para sestear al abrigo de lo allegado.

La casa de la Gorgusa

la Gorgusa para ver el movimiento de la Plaza, como los gavilanes en las aspas del Ayuntamiento.

LA casa de esta mujer varonil, que fué rabichera y llevaba el trabuco debajo de las sayas, estaba en los portales de la Plaza, por donde vivió la Relojera la partera, otra mujer de pelo en pecho.

Los portales iban desde la esquina de la Marina Carreño hasta la casa de Frasco.

En este instante que, indolentemente, desfilan por el pensamiento imágenes del lugar, se me presenta esta casa y me asalta una duda tremenda: ¿Quién haría esta casa? Porque no recuerdo más que otra y no igual en el pueblo, la de la Torrecilla, donde tuvo últimamente su oficina Heliodoro Sánchez. En cambio las hay numerosas en Levante, en Andalucía, en Toledo... Contrahecha, no parecía ni era una casa de las nuestras. No tenía piso bajo habitable. Se subía a la planta alta, que era bien baja y único piso de la casa, por una escalerilla estrecha, capaz para una persona, muy empinada, con peldaños de yeso, gastados de subir y de bajar y las paredes panzudas, con gruesas capas de cal.

El corredor, que daba a la calle, estaba tabicado con adobes enlucidos y enjalbegados, tenía en el centro una ventanajeja sin reja en cuyo alfeizar se apoyaba

La puerta, que siempre estaba abierta, pintada de almagra, como la ventana, tenía un orificio redondo a la derecha, en la parte baja, para que los gatos entraran y salieran libremente, porque la Gorgusa, tan celosa de que los contrabandistas no se le escabulleran, respetaba el derecho a la vida de todos los seres que la rodeaban y les permitía que se defendieran libremente, ya que ella no tenía dificultades en la caza de los ratones, con cuya sangre preparaba un menjurje para que los hombres quisieran a las mujeres, y se lo daba bajo cuerda a las que le confiaban sus pesares por el desdén de los hombres. ¡Y que no fallaba, porque se ponían lelos y no se apartaban jamás de la que les propinaba el brevaje! ¡Qué maravilla y qué misterioso acatamiento de todo el mundo, que lo comentaban asombrados, con el mayor sigilo, para que no llegara a oídos de los hados, pues la cosa ya no tenía remedio y el tonto, tonto se quedaba para siempre.

Aquella casa, cubil de bruja, con su puertecilla y escalereja, ofrecía un contraste singular entre las demás de la anchurosa Plaza. ¿Quién tendría la idea de construirla y con qué fin, cuando disponía detrás del campo raso de los Sitios? ¿Sería algún vendedor de la Plaza, venido de la tierra levantina?